Investigaciones Geográficas • Instituto de Geografía • UNAM
eISSN: 2448-7279 • DOI: https://doi.org/10.14350/rig.61171 • ARTÍCULOS
Núm. 120 • Agosto • 2026 • e61171
www.investigacionesgeograficas.unam.mx

Aridoamérica más allá de las fronteras: paisajes culturales y mapas dinámicos de Carl O. Sauer

Aridoamerica beyond borders: cultural landscapes and dynamic maps by Carl O. Sauer

Mónica Cerda* y Mónica Ramírez**

Recibido: 22/02/2026 Aceptado: 13/04/2026 Publicado: 20/06/2026

Resumen. En este artículo proponemos analizar el concepto de Aridoamérica como área cultural a la luz de las ideas del geógrafo Carl O. Sauer expuestas en su ensayo "Morfología del paisaje". Como lo han señalado varios autores (González Jácome, 2000; Rutsch, 2000; Jáuregui, 2008; Díaz Álvarez, 2018), el texto fundacional de Mesoamérica, publicado por el antropólogo Paul Kirchhoff en 1943, presenta problemas analíticos. Al definir a Mesoamérica como una superárea cultural, Aridoamérica queda relegada a una posición subordinada, concebida como una contrapartida, casi antagónica, de las culturas mesoamericanas consideradas más desarrolladas. Si bien el concepto de Kirchhoff ha sido objeto de críticas desde enfoques etnográficos, históricos y antropológicos, en este artículo proponemos ampliar esa revisión desde la geografía cultural, cuestionando las fuentes utilizadas, los supuestos de homogeneidad cultural y los prejuicios que orientaron su formulación. Para ello retomamos los planteamientos de la morfología del paisaje y la corología de Carl O. Sauer, con el fin de explorar formas de entender el territorio más dinámicas y atentas a los procesos históricos y espaciales del norte de México y el suroeste de los Estados Unidos. En este sentido, es importante destacar el papel que jugó en la formación de estos conceptos el Comité Internacional para el Estudio de Distribuciones Culturales en América, establecido durante el XXVII Congreso Internacional de Americanistas (celebrado en la Ciudad de México en 1939), en el que participó un grupo internacional de especialistas, entre ellos Carl O. Sauer. En ese contexto, Sauer, junto con Alfred Kroeber y Ralph L. Beals, cuestionó la definición de Aridoamérica como un área cultural determinada principalmente por el clima. Sostenemos que las críticas y aportes de Sauer permiten replantear el mapa del norte de México y el suroeste de los Estados Unidos a partir de movimientos, intercambios y dinámicas culturales, más allá de delimitaciones fundadas exclusivamente en criterios medioambientales o en fronteras fijas. Desde esta perspectiva, Aridoamérica puede entenderse como un territorio configurado por trayectorias históricas, prácticas sociales y transformaciones del paisaje que desafían una visión estática del espacio.

Palabras clave: Aridoamérica, paisaje cultural, cartografía, corología, Carl O. Sauer.

Abstract. In this article, we propose to analyze the concept of Aridoamerica as a cultural area in light of the ideas put forth by geographer Carl O. Sauer in his essay "Morphology of the Landscape." As several authors have pointed out (González Jácome, 2000; Rutsch, 2000; Jáuregui, 2008; Díaz Álvarez, 2018), the seminal text on Mesoamerica, published by anthropologist Paul Kirchhoff in 1943, presents analytical problems. By defining Mesoamerica as a cultural superarea, Aridoamerica is relegated to a subordinate position, conceived as a counterpart—almost an antagonist—to

* Columbia University (Latin American and Iberian Cultures), Nueva York, EUA. ORCID: http://orcid.org/0009-0003-4282-3734. Correo-e: mc4936@columbia.edu. Autora de correspondencia.
** Columbia University (Latin American and Iberian Cultures), Nueva York, EUA. ORCID: http://orcid.org/000-0002-0653-974X. Correo-e: mar2345@columbia.edu

the Mesoamerican cultures considered more developed. Although Kirchhoff's concept has been subject to criticism from ethnographic, historical, and anthropological perspectives, in this article we propose to expand that critique from the perspective of cultural geography, questioning the sources used, the assumptions of cultural homogeneity, and the biases that guided its formulation. To this end, we revisit Carl O. Sauer's approaches to landscape morphology and chorology, with the aim of exploring more dynamic ways of understanding the territory that are attentive to the historical and spatial processes of northern Mexico and the southwestern United States. In this regard, it is important to highlight the role played in the formation of these concepts by the International Committee for the Study of Cultural Distributions in the Americas, established during the XXVII International Congress of Americanists (held in Mexico City in 1939), in which an international group of specialists participated, including Carl O. Sauer. In that context, Sauer, along with Alfred Kroeber and Ralph L. Beals, questioned the definition of Aridoamerica as a cultural area determined primarily by climate. We argue that Sauer's critiques and contributions allow us to rethink the map of northern Mexico and the southwestern United States based on movements, exchanges, and cultural dynamics, moving beyond delimitations founded exclusively on environmental criteria or fixed borders. From this perspective, Aridoamerica can be understood as a territory shaped by historical trajectories, social practices, and landscape transformations that challenge a static view of space.

Keywords: Aridoamerica, cultural landscape, cartography, chorology, Carl O. Sauer.

INTRODUCCIÓN

En 1925, Carl O. Sauer publicó uno de sus ensayos más representativos, "La morfología del paisaje", en el que cuestionó los enfoques deterministas dominantes de la época sobre la relación entre el ser humano y la naturaleza, y propuso entender el paisaje como el resultado de una interacción continua entre ambos. En este artículo sostenemos que los planteamientos centrales del ensayo de Sauer ofrecen herramientas conceptuales clave para repensar el concepto de Aridoamérica, formulado por Paul Kirchhoff como un área cultural opuesta a Mesoamérica durante el XXVII Congreso Internacional de Americanistas, celebrado en 1939 en la Ciudad de México, y que desde sus orígenes arrastra una fuerte carga de determinismo medioambiental. En aquella ocasión, Sauer participó como miembro del "Comité Internacional para el Estudio de Distribuciones Culturales en América", un grupo de investigación constituido en el marco del congreso con el objetivo de realizar un análisis comparativo de la distribución de rasgos culturales a lo largo del continente. Mientras que Aridoamérica fue concebida originalmente como un área cultural fronteriza determinada por condiciones climáticas, proponemos revisitar este concepto desde la perspectiva de la "morfología del paisaje", enfatizando la relación dinámica entre las sociedades humanas y el entorno natural. Desde esta perspectiva, Aridoamérica no se define únicamente por su oposición a Mesoamérica, sino como un paisaje cultural en constante transformación, configurado por la interacción entre prácticas humanas, topografía, clima y recursos naturales.

Nos interesa, por tanto, examinar los escritos en los que Sauer estudió las culturas indígenas del norte de México y su relación con el suroeste de los Estados Unidos. También nos enfocaremos en su participación en comités internacionales que, de forma colectiva, interdisciplinaria y transnacional, contribuyeron a delinear el campo de estudio de las culturas indígenas del continente durante la primera mitad del siglo XX. En este marco, desde lo que posteriormente se definiría como geografía cultural, Sauer cuestionó reiteradamente la definición de Aridoamérica basada exclusivamente en criterios medioambientales y argumentó que una comprensión más rigurosa debía incorporar dimensiones históricas y culturales.

En primer lugar, revisaremos los principios centrales de la "morfología del paisaje", los cuales permitirán fundamentar una crítica al concepto de Aridoamérica. En la segunda sección, desarrollaremos una lectura crítica y contextualizada de este concepto, resaltando su potencial flexibilidad y la necesidad de superar una visión estática del mismo. En una tercera parte, abordaremos el papel de los mapas geográficos y la manera en que estas representaciones visuales han fijado en la memoria colectiva las fronteras entre culturas septentrionales y mesoamericanas, reflexionando sobre su impacto en la construcción historiográfica de estas categorías. Finalmente, argumentamos que releer

Aridoamérica como paisaje cultural en términos de Sauer permite proponer la creación de un nuevo mapa, capaz de visualizar con mayor flexibilidad la circulación e interacción de los grupos del norte de México y del sur de los Estados Unidos. Consideramos que este enfoque contribuye a reconocer la complejidad de los intercambios y transformaciones, presentando a Aridoamérica como un territorio dinámico en el que las relaciones entre los seres humanos y el medioambiente han tejido una historia que aún está pendiente de comprenderse desde una perspectiva más integral.

MORFOLOGÍA DEL PAISAJE

El ensayo "Morfología del paisaje" tenía como objetivo principal definir cuáles eran los límites de la geografía como disciplina científica (Leighly, 1965). En particular, a Sauer le interesaba describir el proceso mediante el cual la geografía construía conocimiento. Contrario a las opiniones vigentes en su época, Sauer pensaba que esta ciencia no debía encargarse ni del estudio de la Tierra en su totalidad como medio en el que se desarrolla algún proceso físico, ni del estudio de las formas de vida como producto de un ambiente físico determinado. A través de su método morfológico y del concepto de corología, Sauer redefine el estudio de la geografía al introducir la cultura como objeto central de análisis para la disciplina, subrayando la agencia humana en la configuración y transformación del medioambiente.

Desde las primeras páginas del ensayo, Sauer (1925/1965) propone que la geografía debe entenderse como una corología, es decir, "como el estudio de la diferencia de áreas o hábitats de la tierra" (p. 316). Esta noción de corología implicaba un cambio de escala hacia lo local y una transformación en la perspectiva desde la cual abordar los fenómenos geográficos. Para insistir en el carácter científico de la corología, Sauer también argumenta que el valor de la geografía como ciencia radica en que los fenómenos que conforman un paisaje no existen de forma aislada, sino que están intrínsecamente relacionados entre sí. En este sentido, afirma que descubrir las conexiones y el orden entre los fenómenos dentro de un área constituye la verdadera labor científica de la geografía. Sauer entiende entonces el área como un contenedor orgánico de fenómenos interrelacionados, que a su vez forman parte de un sistema de áreas más amplio.

Sauer introduce también uno de los conceptos clave dentro de su análisis: el término alemán *Ländschaftskunde* o *Länderkunde*, que traduce como "conocimiento del paisaje" o "de un territorio". Dentro del ensayo, los conceptos de paisaje y área son, en muchas ocasiones, intercambiables. Sin embargo, Sauer aclara que "área" es un término demasiado general, utilizado por otras disciplinas como la antropología y que, al no ser exclusivo de la geografía, resulta poco preciso. Por ello, el término alemán *Ländschaft* —o su traducción al inglés, *landscape*—, al hacer referencia directa al territorio, resulta más adecuado para la geografía. No obstante, considera que la conformación de un paisaje constituye un proceso dinámico que involucra tanto un componente cultural como uno natural, "en el cual el proceso de darle forma a la tierra no está de ninguna manera pensado como algo simplemente físico. Por lo tanto, [el paisaje] podría ser definido como un área hecha de distintas asociaciones de formas, tanto físicas como culturales" (p. 321). Esto implica que uno de los principales intereses de la geografía consistía precisamente en estudiar la acción de "darle forma" al paisaje, actividad realizada principalmente, aunque no exclusivamente, por el ser humano. La innovación de Sauer consiste en introducir la actividad humana en relación con la naturaleza —es decir, la dinámica entre paisaje cultural y paisaje natural— como un factor determinante en la conformación del paisaje, dando lugar al método morfológico.

El método morfológico propuesto por Sauer se vincula directamente con la idea de que la cultura humana constituye un agente activo en la transformación del entorno natural. Para la geografía, entendida desde las ideas de Sauer, el ser humano es el factor morfológico más importante y es a través de su cultura que hace uso de las formas del paisaje natural. En 1925, sostener que no era la naturaleza la que daba forma al paisaje, sino la cultura la que lo modelaba, resultaba una idea innovadora, pues en aquel momento el paisaje cultural no estaba

siendo suficientemente estudiado por la geografía. Además, Sauer consideraba que existía una manera estrictamente geográfica de pensar la cultura. En este contexto, la cultura se entiende como la forma en que el ser humano transforma, mediante su trabajo, las formas del paisaje natural que le resultan significativas (p. 325). Así, la cultura se convierte en un concepto clave para comprender cómo el ser humano articula relaciones a través del paisaje, convirtiéndose en un agente central dentro del estudio geográfico.[1]

En las conclusiones del ensayo, Sauer incluye una referencia particularmente significativa: una cita al trabajo de Clark Wissler, "The Relation of Nature to Man as Illustrated by the North American Indians", publicado en la revista *Ecology* (1924), apenas un año antes de la publicación del ensayo de Sauer. Wissler era entonces curador del Museo de Historia Natural de Nueva York y es considerado una de las figuras clave en el desarrollo del concepto de áreas culturales dentro de la antropología estadounidense. La inclusión de esta referencia permite a Sauer conectar su enfoque geográfico con las ideas de Wissler, quien, desde la antropología, buscaba vincular esta disciplina con la ecología, argumentando que lo esencial para comprender al ser humano consiste en estudiar cómo este modifica activamente la naturaleza. Sauer cierra su ensayo con esta cita porque Wissler proponía desde la antropología lo mismo que él buscaba señalar desde la geografía: que el ser humano no solo se adapta al entorno, sino que lo transforma constantemente a través de sus acciones.

Wissler elabora su argumento a partir del análisis de culturas indígenas, específicamente de los grupos nativos de las planicies del suroeste de Estados Unidos. Algunos años antes, este antropólogo había cartografiado las "grandes zonas de alimentación aborigen" de Norteamérica y había observado que la distribución de una cultura indígena y la distribución y producción de determinados alimentos coincidían con frecuencia (Wissler, 1924). A partir de un análisis comparativo entre los modos de alimentación de los llamados cazadores-recolectores y de las sociedades que habían desarrollado prácticas agrícolas, el antropólogo concluía que "cuando un modo de cultura evoluciona en cualquier lugar, este crece en torno a algún recurso natural y tiende a extenderse hasta los límites de distribución de dicho recurso" (Wissler, 1924, p. 314).

Al hacer referencia al texto de Wissler, Sauer pone en diálogo su "morfología del paisaje" con las discusiones antropológicas y etnográficas que, años más tarde, derivarían en la definición de Mesoamérica y Aridoamérica como áreas culturales. En la siguiente sección veremos cómo varias de las ideas sobre la relación entre paisaje y cultura resultan fundamentales para repensar el concepto de Aridoamérica como una categoría dinámica.

ARIDOAMÉRICA: ORÍGENES Y CRÍTICA DEL CONCEPTO

Para la década de 1940, Paul Kirchhoff había desarrollado el concepto de "áreas culturales" a partir de su formación en antropología y etnografía. Para ello, retomó investigaciones etnográficas realizadas en Estados Unidos por académicos contemporáneos de Sauer, como Otis T. Mason, G. Holmes, Clark Wissler y Alfred Kroeber (Jáuregui, 2008). En un ensayo tardío, publicado en 1954 bajo el título "Recolectores y agricultores en el Gran Suroeste: un problema de clasificación", Kirchhoff sintetizó muchas de las ideas que había desarrollado durante las décadas previas. En este texto definió un área cultural como un espacio en el que culturas individuales comparten rasgos y complejos culturales con culturas vecinas, funcionando como variantes de una cultura regional. Estas áreas solían coincidir con regiones naturales y se caracterizaban por un tipo de producción predominante y un conjunto común de atributos culturales. Cada cultura debía ubicarse dentro del área correspondiente, la cual, a su vez, contenía subáreas y una zona central o "clímax", donde se concentraba la mayor intensidad cultural.

[1] En ese sentido, Sauer es muy cuidadoso en aclarar que el paisaje no puede tener el mismo sentido que se le da en la historia del arte, por ejemplo. En su opinión, el paisaje cultural, en el sentido geográfico, es un concepto científico al que se llega a partir de observar muchos paisajes individuales y hacer comparaciones entre ellos.

Sin embargo, Kirchhoff, al igual que Sauer, subrayaba que las áreas culturales no eran entidades fijas, sino espacios en constante transformación. A medida que un área se desarrollaba, aumentaban las diferencias internas entre sus subáreas, lo que lo llevó a concluir que debía analizarse en relación con las áreas vecinas, pues las conexiones entre ellas eran fundamentales para comprender sus características específicas. A pesar de esta concepción dinámica, el concepto de área cultural propuesto por Kirchhoff, a diferencia del de paisaje en Sauer, no concebía la cultura como una fuerza activa en la configuración del espacio. Aunque en ambos enfoques la producción ocupa un lugar central en la relación entre el ser humano y su entorno, en Kirchhoff dicha relación es más unilateral: es la naturaleza la que determina lo cultural. Lo cultural, por tanto, no aparece como un agente transformador del entorno ni como una fuerza configuradora del paisaje, como sí ocurre en la propuesta de Sauer.

Esta orientación determinista se manifiesta claramente en dos de los conceptos más influyentes desarrollados por Kirchhoff aproximadamente una década antes: Mesoamérica y Aridoamérica, siendo este último particularmente afectado por dicha perspectiva. En 1943, Kirchhoff publicó en *Acta Americana. Revista de la Sociedad Interamericana de Antropología y Geografía* su ensayo más célebre: "Mesoamérica: sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales". En este texto propuso una serie de rasgos culturales que permitirían identificar a las "auténticas culturas mesoamericanas", tales como la agricultura intensiva, el uso de herramientas específicas —como la coa y el *ichcahuipilli*—, prácticas rituales complejas —como los sacrificios humanos y los autosacrificios— y el empleo de calendarios avanzados y escritura glífica. Simultáneamente, Kirchhoff identificó un conjunto de prácticas consideradas ajenas a la esfera cultural mesoamericana —como la matrilinealidad y ciertos ritos funerarios— que, según él, eran características del norte de México. De este modo, sus categorías buscaban establecer tanto conexiones como contrastes entre distintas áreas culturales, organizando a los pueblos indígenas dentro de un continuo de variación definido principalmente por sus sistemas de producción. Sin embargo, como el propio autor admitió al inicio del texto, esta clasificación —temporal, cultural y geográfica— carecía de precisión histórica, ya que se basaba exclusivamente en la situación de los pueblos del valle central en el momento de la Conquista, sin considerar la complejidad y variabilidad histórica previa de estos grupos. Estos matices y precisiones, como veremos en el siguiente apartado, se perderían con el tiempo en el uso posterior del concepto.

Un año después de la publicación de este artículo, y en el contexto de la Tercera Reunión de la Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, apareció la memoria titulada "Los recolectores-cazadores del norte de México" (1944, pp. 133-144), acompañada por un mapa (Figura 1) que delineaba lo que Kirchhoff definió como "Norteamérica árida" (p. 134), posteriormente conocida como Aridoamérica. En este trabajo, el autor exploró a los habitantes situados más allá del límite septentrional de Mesoamérica y describió las formas de producción predominantes. En el mapa resalta la escasez de agricultura y la prevalencia de prácticas de caza y recolección. En su análisis, Kirchhoff detalla cómo dichas formas de producción estuvieron acompañadas por ciertas tendencias culturales que consideraba propias del área, vinculando explícitamente el modo de vida con el paisaje árido. Según el antropólogo, algunos grupos como los zacatecos, tepehuanes y guachichiles compartían patrones similares de subsistencia, sustentando su dieta en recursos como el mezquite, las tunas y el nopal, y utilizando herramientas como el arco y la flecha. Muchos de estos grupos, además, carecían de prácticas arquitectónicas permanentes y solían dormir al aire libre. Por otro lado, otros grupos, como los pames, aunque predominantemente nómadas, habrían adoptado ciertos "refinamientos culturales mesoamericanos", especialmente en el ámbito religioso, a través de su contacto con los otomíes.

Así nació Aridoamérica: una región que, aunque compartía ciertos atributos con sus vecinos mesoamericanos, fue construida principalmente como una frontera ecológica y cultural cuya función era delimitar y contrastar con el mundo mesoamericano. Las características y, sobre todo, las diferencias respecto a los vecinos del sur —particularmente en

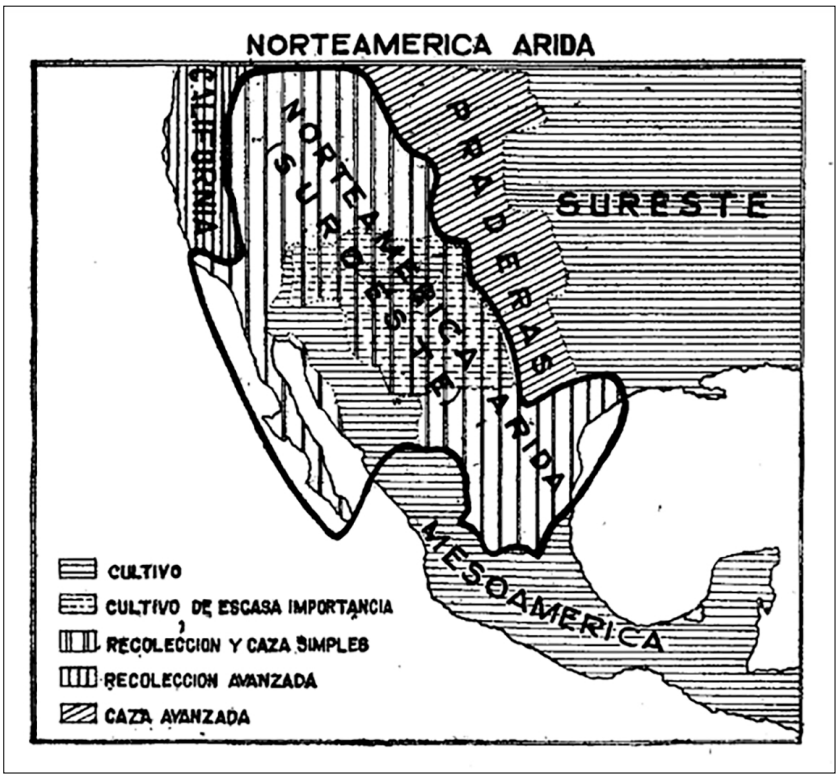

Figura 1. Mapa presentado en *Norteamérica Árida "Los recolectores-cazadores del norte de México. Fuente:* Kirchhoff (1944, p. 134).

relación con las formas de producción— alimentaron la percepción de que el norte era, en términos culturales, "menos complejo" que las sociedades mesoamericanas. Prácticas como la itinerancia fueron atribuidas principalmente a las condiciones ambientales del norte, representadas de manera estereotipada en diversos análisis histórico-culturales como terrenos escarpados, sequías, inundaciones repentinas y recursos escasos. Estas ideas contribuyeron a perpetuar la percepción de Aridoamérica como un espacio marginal, fragmentado y, en cierto sentido, "inhóspito" para las formas de organización centralizadas que definían a Mesoamérica.

No obstante, es importante reconocer que Paul Kirchhoff no presenta estas diferencias de manera completamente estática. En ensayos como el mencionado sobre el Gran Suroeste de 1954, subraya la relevancia de las prácticas móviles y del intercambio en la configuración de los paisajes culturales. Sin embargo, en el caso de sus definiciones de Aridoamérica llama la atención la forma en que el paisaje cultural aparece rígidamente fijado a factores ambientales, aspecto que, como veremos más adelante, Carl Sauer le señalará críticamente. Desde este marco interpretativo, las similitudes entre estos grupos se entienden principalmente bajo un determinismo medioambiental y en contraste con las sociedades mesoamericanas. En este sentido, podría afirmarse que la dualidad entre Mesoamérica y Aridoamérica se construye a partir de tropos profundamente arraigados que traducen diferencias ecológicas en oposiciones culturales, contraponiendo formas de vida: los nómadas guerreros, por un lado, y los sedentarios con sociedades agrícolas, estatales y burocratizadas, por el otro.

Cabe resaltar que el problema no radica en identificar la itinerancia como una característica de determinados grupos, sino en la manera en que esta se interpreta como una "carencia" en contraposición a las sociedades sedentarias mesoamericanas, cuyo desarrollo se valora como un "logro cultural". Mientras que en Mesoamérica los factores de cohesión —como el comercio, la escritura y la agricultura intensiva— se entienden como productos

de una sofisticada organización social, en Aridoamérica la movilidad y la multiplicidad de formas de subsistencia se interpretan desde una óptica de determinismo medioambiental, invisibilizando las dinámicas complejas y las decisiones que sostenían esas formas de vida. Este contraste refuerza una jerarquización implícita del espacio, donde el sedentarismo mesoamericano se asocia con el progreso y la civilización, mientras que la diversidad cultural del norte se reduce a un estado de fragmentación o atraso. Tal dicotomía no solo reproduce tropos evolucionistas, sino que también oscurece el carácter relacional y articulado de ambos espacios. Ignora, por ejemplo, que gran parte de la economía mesoamericana dependía de redes de movilidad que articulaban distintas regiones, especialmente hacia el norte. Sauer abordó este tema en varios estudios, no solo para entender las culturas prehispánicas, sino también para analizar cómo estas fueron transformadas tras la llegada de los españoles.

Es importante señalar también que el modelo de áreas culturales propuesto por Kirchhoff se fundamenta en gran medida en fuentes coloniales, a pesar de que su objetivo era representar el periodo previo a la conquista para medir posteriormente los cambios culturales. Estas fuentes, por más tempranas que sean, fueron elaboradas en un contexto en el que la conquista, las epidemias y las transformaciones en las formas de vida ya habían alterado significativamente la demografía y las culturas de la región. Por ello, su utilización para estudiar el pasado prehispánico requiere especial cautela. Además, se trata de relatos filtrados por una óptica colonial, atravesada por intereses políticos, religiosos y económicos. Los autores de estas fuentes —frailes, encomenderos y burócratas— solían retratar a los grupos locales como "bárbaros" o "idólatras" para justificar intervenciones militares y la imposición de tributos, saturando así estas narrativas de nociones de división étnica y jerarquías culturales.

Asimismo, cuando hablamos de fuentes del siglo XVI necesariamente nos referimos a poblaciones que ya estaban en contacto con los colonizadores, lo que obliga a pensar toda esta región como un espacio inmerso en un proceso dramático de transformación. Este cambio no solo fue provocado por la presencia española, sino también por la interrupción de antiguas rutas comerciales y por el colapso demográfico derivado de epidemias que se propagaron hacia el norte a través de esas mismas redes de intercambio. En consecuencia, las fronteras etnográficas delineadas por Kirchhoff pueden resultar engañosas. Más que reflejar una imagen fija u "originaria" de las culturas del norte, estas delimitaciones deben entenderse como productos de procesos históricos y coloniales que reconfiguraron radicalmente las dinámicas culturales y sociales de la región septentrional de lo que hoy es México.

Actualmente, diversos académicos han criticado el modelo propuesto por Kirchhoff (González Jácome, 2000; Rutsch, 2000; Jáuregui, 2008; Kubler, 1972; Neurath, 2007; Díaz Álvarez, 2018), principalmente en dos aspectos: el ya mencionado determinismo medioambiental, que tiende a simplificar excesivamente las interacciones entre el ser humano y la naturaleza, y el sesgo colonial de las fuentes en las que se sustenta. Sin embargo, es importante recordar que uno de los críticos más tempranos del concepto fue precisamente Carl Sauer, quien, en el marco de las reuniones de 1943, presentó una revisión crítica temprana. Sus objeciones se centraron en el determinismo implícito en las definiciones de Aridoamérica y Oasisamérica. Sauer argumentaba que, si bien las condiciones ambientales pueden influir en el desarrollo cultural, "estas culturas no son producto de medios ambientes específicos" ([1954] 2008, p. 93), como sugerían los términos utilizados por Kirchhoff. Recordemos que, de acuerdo con Sauer, la cultura no es producto de un paisaje natural, sino más bien un agente que lo transforma. Así, en lugar de asociar las culturas exclusivamente con sus contextos ambientales —concebidos al margen de la actividad humana—, Sauer propone que deben ser reconocidas y analizadas en términos culturales, sin depender de etiquetas ambientales que pueden resultar imprecisas y confusas. De esta forma, cuestiona la tendencia a explicar las dinámicas culturales únicamente en función de las condiciones naturales, reduciendo así su complejidad histórica y social.

En este sentido, Sauer critica la concepción aislada y estática de Kirchhoff sobre el flujo cultural en este territorio. En lugar de concebir dicha "área" como una zona aislada por su condición fronteriza,

Sauer ([1954] 2008) argumenta que esta característica favoreció una "intensa mezcla de culturas y desplazamientos" que definieron el área (p. 93). Para él, la migración y el comercio son factores clave para entender la interconexión entre diversas poblaciones, desafiando la noción de un desarrollo cultural autónomo o aislado. Así lo expresa en su artículo: "Muy pocas partes del mundo tienen en forma tan enfática y duradera la cualidad de vía de paso obligatoria" (p. 93).

En su crítica al concepto de Aridoamérica, Sauer sitúa la migración como un eje central para comprender la distribución cultural. Si bien reconoce la heterogeneidad cultural de los grupos del norte, identifica un sustrato común a través de estudios lingüísticos realizados por investigadores norteamericanos. En particular, destaca la presencia del idioma tepecano, perteneciente a la familia uto-azteca, que en la época de la llegada de los españoles se hablaba desde Jalisco hasta lo que hoy es Salt Lake City (Sauer, [1954] 2008, p. 96). Esta continuidad lingüística, contrastada con la diversidad cultural y arqueológica, llevó a Sauer a plantear la importancia de grandes migraciones tardías entre el sur y el norte. El geógrafo propuso, además, que la diversificación lingüística y cultural uto-azteca seguía patrones de distribución similares a los planteados en la hipótesis indoeuropea. En este sentido, afirmó que "el estudio del noroeste de México, tanto desde el Suroeste como desde Mesoamérica, debería establecer los hechos" (Sauer, [1954] 2008, p. 96).

Esta manera de pensar el territorio como un corredor cultural, configurado tanto por migraciones como por intercambios culturales y materiales, puede encontrarse en los primeros estudios de Sauer sobre la región. Cabe recordar que desde 1926, apenas un año después de la publicación de "La morfología del paisaje", Sauer y sus alumnos de la Escuela de Berkeley realizaron importantes trabajos de campo en la península de Baja California, cruzando no solo la frontera física, sino también la epistemológica, que dividía a las academias de México y Estados Unidos.[2] Un ejemplo clave de este enfoque es su publicación conjunta con Donald D. Brand, *Aztatlán: Prehistoric Mexican Frontier on the Pacific Coast* (1932), resultado del trabajo de campo realizado en la primavera de 1930 en Sinaloa y Nayarit. Su objetivo fue identificar los vasos comunicantes entre el *Mexican Highland* y el *Pueblo Country* del suroeste de Estados Unidos. Este estudio resulta particularmente significativo porque demuestra cómo la observación de campo detallada, sugerida por el método morfológico, permitió a Sauer comprender de manera novedosa la distribución cultural y los movimientos migratorios. Este enfoque retomaba así sus planteamientos iniciales de "La morfología del paisaje" sobre la importancia de la corología, destacando que el estudio geográfico no debía enfocarse únicamente en los aspectos físicos del entorno, sino también en las dinámicas culturales que modificaban el paisaje y su movilidad a lo largo del tiempo.

Partiendo de estos estudios de campo, en la mencionada crítica de 1943 a la noción de Aridoamérica como "área cultural", Sauer subraya que las constantes migraciones respondieron a múltiples agentes geográficos, humanos y no humanos, lo que pone en evidencia la insuficiencia del determinismo medioambiental para explicar dicha "área". Por ejemplo, enfatiza que las tierras de lo que hoy son Sonora y Sinaloa son más fértiles y propicias para la agricultura que la "región Pueblo", lo que generó un constante flujo de personas y tradiciones entre ambas áreas. Este caso resulta particularmente revelador porque nos aleja del paradigma determinista y nos invita a considerar diferentes adaptaciones culturales posibles frente a un entorno similar. Observamos así cómo territorios externos a la denominada Aridoamérica, con sus propias condiciones ecológicas, influyeron en los patrones migratorios que moldearon la cultura de una zona intermedia.

A partir de casos como el anterior, Sauer resalta la agencia del paisaje cultural en la configuración

[2] Paola Segundo y Pedro Urquijo señalan que México fue una región privilegiada para la práctica geográfica de la Escuela de Berkeley. Sauer tuvo sus primeras experiencias de campo en contextos latinoamericanos, comenzando sus expediciones en México, pero los autores argumentan que estos trabajos no han sido muy abordados por los historiadores y geógrafos latinoamericanos, en parte debido a las pocas y tardías traducciones (Urquijo Torres y Segundo, 2017, pp. 71–94).

del "área" en cuestión, acentuando la capacidad de lo cultural para afectar el entorno (1996, p. 93). En esta línea, otro aspecto clave en su crítica es la integración de estudios arqueológicos sobre complejos agrícolas, tema recurrente en toda su obra. En sus investigaciones sobre el noroeste de México y el suroeste de Estados Unidos, los patrones agrícolas —determinados por técnicas como la construcción de trincheras y el uso de llanuras de inundación para el riego— y la evidencia de cultivos compartidos son elementos fundamentales para comprender las dinámicas migratorias y culturales de la región. Sauer no solo aborda la agricultura desde una perspectiva social, sino que también reconoce su impacto en la transformación física del entorno, anticipándose a discusiones contemporáneas, particularmente a los debates sobre el Antropoceno o el Capitaloceno como eras geológicas, que cuestionan la supuesta "naturaleza" del paisaje al considerar la huella antropogénica sobre la corteza terrestre.

Sin embargo, la crítica de Sauer también presenta limitaciones. Aunque cuestiona la dependencia de Kirchhoff del determinismo medioambiental y amplía la visión de Aridoamérica como un espacio de intercambio constante, no examina de manera suficiente el sesgo colonial presente en las fuentes históricas utilizadas por Kirchhoff. Por ello, a pesar de resaltar la dinámica cultural de la región, Sauer termina aceptando en gran medida ciertas narrativas coloniales que, construidas desde la perspectiva de los colonizadores, consideraban al norte más "primitivo" frente al sur. En sus palabras, la historia de la zona aridoamericana "ha sido, por miles de años, una frontera profunda entre el norte primitivo y el sur avanzado, una gran arena de aculturación —con la fuerza de los impulsos del norte y del sur fluctuando y tal vez ninguno de los dos desplazando al otro enteramente en ningún momento—" (1996, p. 93).

No obstante, tanto en esta crítica como en otras partes de su obra, el énfasis de Sauer en la circulación entre el norte y el sur permite matizar los prejuicios coloniales presentes en muchas de las fuentes utilizadas por diversos estudios. A diferencia de Kirchhoff, Sauer no presenta una visión estática del pasado prehispánico; es decir, no lo concibe como una imagen fija desde la cual medir los cambios culturales provocados por la llegada de los españoles. Por el contrario, reconoce la transformación cultural previa a la colonización y la integra como parte de la dinámica histórico-geográfica del periodo colonial. De este modo, Sauer no pierde de vista el carácter mediado de las fuentes que emplea. Si su referencia es Hernán Cortés, Nuño de Guzmán o el jesuita Arnaya, siempre sitúa al lector en el contexto histórico y discursivo en el que se produjo determinada representación sobre los pueblos del norte. Incluso dedicó estudios como *Colima en la Nueva España* (1932) al análisis de las dinámicas coloniales de estas regiones, lo que demuestra un enfoque cuidadoso y detallado en la interpretación de las fuentes. Así, su análisis no busca un origen prístino ni un punto de partida inmutable, sino rastrear dinámicas en constante transformación, de manera semejante a los cambios del propio paisaje cultural.

MESOAMÉRICA/ARIDOAMÉRICA COMO FICCIONES CARTOGRÁFICAS

Ahora que hemos revisado las críticas formuladas por Carl Sauer al determinismo medioambiental de Paul Kirchhoff —críticas que abrieron la posibilidad de pensar la región aridoamericana como un espacio de circulación más que como una frontera estática—, resulta importante observar que, pese a haber sido ampliamente aceptadas, dichas críticas no lograron desmantelar por completo el marco conceptual heredado del modelo mesoamericano. La noción de una frontera cultural determinada por el medioambiente continuó reproduciéndose tanto en los estudios históricos como en las representaciones visuales elaboradas durante el siglo XX. Esta persistencia sugiere que el problema no era únicamente conceptual, sino también visual y cartográfico.

En un ensayo inédito titulado "Mesoamérica como ficción literaria", la historiadora del arte Ana Díaz (2018)[3] argumentó que los conceptos de

[3] En el 2018 Ana Díaz presentó la ponencia "Mesoamérica como ficción literaria" en el marco del Coloquio "Trazos/Diagramas/Horizontes: Miguel *Covarrubias* y el

Mesoamérica y Aridoamérica constituyen abstracciones analíticas que no corresponden a ninguna noción territorial propia de los pueblos prehispánicos ni formaban parte de su cultura visual. Díaz explica que los mapas creados en el siglo XX por artistas, antropólogos, etnógrafos y geógrafos —elaborados en el contexto de sus investigaciones— dieron forma concreta a estas dos áreas culturales, dotándolas de una apariencia tangible. Tales mapas se convirtieron en un referente visual casi omnipresente en los estudios sobre culturas indígenas, tanto prehispánicas como contemporáneas. Esta situación llevó a Díaz a preguntarse si es posible pensar estas áreas culturales fuera de los dominios de la cartografía. Es decir, para que Mesoamérica y Aridoamérica existieran como categorías de un pasado prehispánico, primero tuvieron que ser imaginadas cartográficamente. De este modo, su existencia visual precedió y condicionó su posterior construcción historiográfica.

Recordemos que en el ensayo "Mesoamérica: sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales" (1943), el propio Kirchhoff admite que su concepto carecía de precisión histórica, ya que se basaba exclusivamente en la situación de los grupos indígenas del valle central de México en el momento de la Conquista. Aunque Kirchhoff aún dudaba en utilizar el término Mesoamérica como un paradigma omnicomprensivo para estudiar la totalidad de la historia indígena, este concepto terminaría consolidándose como una noción prescriptiva con dos tendencias claras: a) homogeneizar las civilizaciones indígenas del centro y sur de México, haciéndolas coincidir en un conjunto de rasgos culturales —el llamado "núcleo duro"—; y b) reafirmar un marcado antagonismo cultural respecto a las civilizaciones indígenas del norte —lo que conocemos como Aridoamérica—, distinción que debería ser matizada y complejizada si se pretende utilizar con fines comparativos, pues de lo contrario contribuye a reproducir jerarquías civilizatorias heredadas del pensamiento colonial.

A partir de ello, Díaz (2018) se propuso abordar esta construcción historiográfica desde una perspectiva distinta, sosteniendo, en primer lugar, que el texto fundacional de Kirchhoff "no se comporta como un argumento científico, sino más bien como un manifiesto: el manifiesto mesoamericano" (p. 3). La autora destaca, por ejemplo, además de la brevedad del texto, la ausencia de referencias bibliográficas a otros estudios académicos, algo inusual desde una perspectiva metodológica contemporánea. Asimismo, argumenta que Kirchhoff, lejos de ser el autor individual del texto, había sido nombrado secretario del ya mencionado "Comité Internacional para el Estudio de Distribuciones Culturales en América", y que dicho escrito tenía la función de servir como informe colectivo de investigación abierto a debate dentro de la comunidad académica. Sin embargo, con el paso del tiempo, este informe terminó convirtiéndose en el texto fundacional de los estudios mesoamericanos.

Cabe resaltar que la definición de fronteras temporales y espaciales fue decisiva en la construcción de México como Estado moderno desde el siglo XIX y durante la primera mitad del siglo XX. Tras la independencia, la nueva situación política del país implicó la necesidad de configurar una identidad nacional. Este proceso enfrentó múltiples desafíos, entre ellos la dificultad para imaginar y representar territorialmente a la nación. En este sentido, el historiador Raymond Craib sostiene que parte de la inestabilidad ontológica del país se debía a la ausencia de mapas capaces de representar adecuadamente a la nueva nación. Craib (2002) desarrolló el concepto de "fijaciones estatales" para referirse al impulso cartográfico del gobierno mexicano o a las "obsesiones federales con la permanencia —la fijeza— percibida como básica para la práctica y la teoría del gobierno y del desarrollo capitalista promovido por el Estado" (p. 64).

Desde esta perspectiva, la delimitación de áreas culturales como Mesoamérica y Aridoamérica no puede entenderse únicamente como una herramienta académica, sino también como parte de un proyecto estatal de organización territorial y consolidación ideológica. Siguiendo esta línea de análisis,

pensamiento artístico en las Américas" (IIE-UNAM). Muchas de las ideas de esta sección las retoma os de las reflexiones que surgieron dentro de seminario "Discutiendo Mesoamérica" que Ana Díaz dirigió como investigadora de Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM. Sirva este artículo como un homenaje a su legado.

la oposición Mesoamérica/Aridoamérica, aunque elaborada en un contexto académico, fue apropiada políticamente por el Estado mexicano. Esta dicotomía no solo organizaba el conocimiento antropológico y arqueológico, sino que también contribuía a delimitar territorial y simbólicamente la nación.

Por lo tanto, los conceptos de Mesoamérica y Aridoamérica no pueden entenderse únicamente como registros cartográficos del pasado prehispánico, sino también como productos del proyecto nacionalista posrevolucionario, en el que la representación del pasado indígena desempeñó un papel central en la construcción identitaria de la nación. La definición de áreas culturales y el trazado de mapas con fronteras rígidamente establecidas fueron fundamentales para construir a Mesoamérica como el pasado glorioso de México. Esta operación simbólica no respondía únicamente a criterios arqueológicos o históricos, sino que se articulaba con las "fijaciones estatales" señaladas por Craib, en las cuales la representación del territorio y del tiempo formaba parte de una lógica estatal de control, identidad y proyección modernizadora.

Como ya hemos mencionado, una característica fundamental que define a la cultura mesoamericana es precisamente el contraste por oposición que establece respecto a las culturas aridoamericanas. Si consideramos que Mesoamérica debe parte de su existencia a la posibilidad de identificar una frontera septentrional, entonces "la importancia de la demarcación fronteriza no radica tanto en la capacidad de marcar límites territoriales históricos precisos, como en separar dos formas de cultura radicalmente opuestas" (Díaz, 2018, p. 5). Estos discursos encontraron un correlato en el discurso posrevolucionario de la primera mitad del siglo XX, el cual buscaba enaltecer la cultura nacional mexicana y su glorioso pasado prehispánico frente a las culturas del norte, como mecanismo de cohesión identitaria ante la diversidad interna y los desafíos territoriales heredados.

Una muestra de la proyección del pasado prehispánico hacia el presente puede observarse en el mural cartográfico *Geografía del Arte Popular en México* (Figura 2), pintado por el artista y cartógrafo mexicano Miguel Covarrubias en 1951 para



Figura 2. Miguel Covarrubias, *Geografía del Arte Popular en México*, 1951.

decorar la tienda del Museo de Artes e Industrias Populares, inaugurado ese mismo año en el templo de Corpus Christi de la Ciudad de México. En este mural, Covarrubias delineó un mapa de la República Mexicana que omitía intencionalmente los territorios del norte. El mapa, colorido y densamente poblado de figuras, representaba la producción contemporánea de "arte popular indígena". Significativamente, Covarrubias afirmaba que en aquellos lugares donde se había descubierto una civilización arqueológica importante, los etnógrafos podían encontrar, en el presente, una producción relevante de objetos artísticos. Esta afirmación sugería una continuidad inalterada entre el pasado prehispánico y las expresiones culturales contemporáneas, reforzando la idea de una identidad nacional anclada en una concepción de lo indígena asociada a Mesoamérica.

Este mapa de una "Mesoamérica moderna" articulaba visualmente el pasado prehispánico con el presente, creando la noción de un territorio estático en el que el paso del tiempo no habría modificado los límites geográficos de las culturas indígenas. Es importante recordar que este mapa surge después de 1949, año en el que se convocó a un grupo internacional de antropólogos al *Viking Fund Seminar on Middle American Ethnology*, celebrado en Nueva York bajo el título "Herencia de la conquista; la etnología mesoamericana" (Tax y Wenner-Gren Foundation, 1952). Como resultado de esta reunión, los antropólogos participantes acordaron ampliar el marco temporal de Mesoamérica, proyectando el uso del término hasta el siglo XX. Esta compleja condensación temporal y geográfica difícilmente podría concebirse sin una imagen tan convincente como la creada por Covarrubias.

No obstante, esta operación visual de centralización en torno a Mesoamérica no surge en el siglo XX, sino que posee antecedentes claros en las formas coloniales de imaginar y administrar el territorio. Desde el siglo XVI, diversas fuentes —como descripciones geográficas, relaciones de viaje, crónicas y censos— ofrecieron formas de pensar el espacio novohispano desde una lógica centralizadora, en la que representar al norte como un territorio marginal, inhóspito o atrasado resultaba funcional al proyecto de expansión imperial. Estas representaciones no respondían simplemente a un vacío de información, sino a una voluntad de construir un centro civilizatorio desde el cual irradiara la autoridad, relegando otras regiones a los márgenes del discurso colonial.

Esta genealogía invita a cuestionar la persistencia de procesos de exclusión en la historiografía, la geografía y, posteriormente, en los estudios de áreas culturales como el de Aridoamérica. Las categorías y clasificaciones impuestas en aquellas primeras fuentes coloniales condicionaron profundamente la manera de concebir el espacio y a sus habitantes, reproduciendo narrativas que invisibilizaban las formas de vida indígenas y sus propias dinámicas territoriales. En muchos casos, estas descripciones no solo sirvieron para organizar administrativamente el territorio, sino también para consolidar jerarquías que posteriormente se prolongarían en discursos académicos y políticos, como la noción de una supuesta superioridad tecnológica mesoamericana.

Estas formas tempranas de representar, clasificar y narrar el espacio novohispano no solo organizaron el poder durante el periodo colonial, sino que sentaron las bases para una lógica territorial que ha perdurado hasta el presente. La continuidad de estas categorías y su legitimación en discursos científicos, políticos y visuales del siglo XX revelan una genealogía más amplia de exclusión y jerarquización espacial. Al examinar críticamente estas fuentes, no solo se desmontan los supuestos heredados sobre el norte y sus pueblos, sino que también se abre la posibilidad de imaginar otras cartografías históricas capaces de reconocer la agencia, la movilidad y la complejidad cultural de los territorios más allá de los límites impuestos por el poder colonial.

CONCLUSIÓN: MAPAS DINÁMICOS DE DISTRIBUCIÓN GEOGRÁFICA

A lo largo de este artículo hemos examinado críticamente la construcción del concepto de Aridoamérica como área cultural a partir de las propuestas de Paul Kirchhoff, contrastándolas con

las ideas de Carl O. Sauer sobre el paisaje cultural. Esta exploración permitió cuestionar los límites fijos impuestos por ciertas cartografías promovidas en el marco del proyecto de construcción de la identidad mexicana posrevolucionaria y abrir la posibilidad de imaginar modelos alternativos de representación cartográfica. En la conclusión que sigue, queremos profundizar en esta idea mediante el análisis de un documento poco atendido, pero clave: las recomendaciones elaboradas en 1941 por el Comité Internacional para el Estudio de Distribuciones Culturales en América. Este documento, en el que probablemente Sauer desempeñó un papel destacado, permite vislumbrar un modelo cartográfico dinámico y comparativo que contrasta de manera significativa con la rigidez del modelo de áreas culturales.

En 1941, el Instituto Panamericano de Geografía e Historia publicó un documento titulado "Recomendación para la uniformización de los estudios de distribuciones culturales (edición provisional)". El texto fue presentado en inglés, español y portugués por el Comité Internacional para el Estudio de Distribuciones Culturales en América, integrado por Earnest A. Hooton, Wigberto Jiménez Moreno, Paul Kirchhoff, Alfred L. Kroeber, Sigvald Linné, Ignacio Marquina, Paul Rivet, Antonio Serrano, Julian Steward y Carl O. Sauer. Aunque el carácter interdisciplinario del comité impide atribuir el documento a un solo autor, es posible suponer que Sauer, al ser el único geógrafo del grupo, tuvo una participación significativa en la redacción de estas recomendaciones.

En primer lugar, destaca la importancia otorgada a la interacción entre los elementos culturales y naturales que, como vimos desde la primera sección de este trabajo, constituyen componentes fundamentales dentro del modelo de la morfología del paisaje. El comité proyectaba la publicación de una revista bianual titulada *Distribuciones Culturales en América*. Los artículos de dicha revista servirían para compartir con una comunidad académica internacional los descubrimientos más recientes sobre la distribución de rasgos culturales, con el propósito de que cada trabajo contribuyera a un estudio comparativo y general del continente. Sin embargo, en las recomendaciones redactadas por el comité, los artículos ocupaban un papel secundario. Siguiendo los distintos puntos del documento, lo verdaderamente relevante parecía ser la creación de un lenguaje cartográfico homogéneo: un sistema de símbolos que permitiera establecer un punto de partida común para las investigaciones.

En este contexto, se consideraba que los mapas no solo constituían la mejor forma de representar la existencia de ciertos fenómenos culturales; al tratarse de imágenes, el comité aspiraba a que se convirtieran en la base misma de los estudios comparativos. No obstante, este sistema no se concebía como un modelo estático. Se reconocía, por ejemplo, que los hechos culturales variaban con el tiempo, algo que los mapas debían poder representar mediante el uso de símbolos diferenciados según la temporalidad, combinando en una sola imagen el flujo temporal con la distribución espacial. Los mapas aspiraban así a reflejar la complejidad de la cultura, "combinando la rigidez de principios generales con una gran flexibilidad en su aplicación" (Comité Internacional para el Estudio de Distribuciones Culturales en América, 1941, p. 15).

Además, tanto los artículos como los mapas estarían sujetos a revisión constante. Uno de los requisitos establecidos consistía en que todo nuevo mapa basado en un estudio previo debía ser enviado al autor original, quien tendría el compromiso de incorporar la nueva información y elaborar una versión actualizada. Estos mapas geográficos de distribución representaban, por tanto, un esfuerzo considerable por generar imágenes capaces de incorporar los aspectos dinámicos de la cultura.

Aunque no existen noticias de que alguno de estos mapas haya llegado efectivamente a realizarse, si intentamos visualizar los estudios de Carl O. Sauer sobre el norte colonial, tendríamos que imaginar un mapa de flujos: uno que no se limitara a fijar límites, sino que representara trayectorias, superposiciones y migraciones; un mapa atento tanto a la procedencia de las fuentes como a los desplazamientos culturales que estas mismas evocan. Se trataría de un mapa elaborado a partir de los elementos simbólicos sugeridos en las recomendaciones, capaces de dar cuenta del cambio, el movimiento, el origen de las fuentes y las múltiples

temporalidades que conviven en un territorio. Este tipo de representación contrasta profundamente con los mapas producidos en el marco del ensayo fundacional de Kirchhoff, los cuales trazan líneas precisas entre Mesoamérica y Aridoamérica, fijando divisiones rígidas que pretenden ser definitivas y aparecen desprovistas de historia y contexto.

Esta crítica cartográfica también desestabiliza los supuestos heredados de la cartografía colonial, orientada a controlar el territorio a través de su representación. Frente a una voluntad de fijar y ordenar, el mapa que podría derivarse de las ideas de Sauer asumiría las grietas, las contingencias y los desbordamientos que atraviesan tanto los documentos como los espacios que intentan representar. Lejos de ofrecer una imagen totalizante, esta cartografía se configura como una superficie abierta a múltiples lecturas, donde el pasado no se despliega como una narrativa lineal y cerrada, sino como una constelación de relaciones en tensión.

En ese sentido, recuperar la propuesta de Sauer no implica simplemente sustituir unas fronteras por otras, sino replantear desde la raíz el modo en que representamos las dinámicas geográficas e históricas dentro de un mismo entramado. Incorporar el enfoque de la morfología del paisaje permite repensar las rutas indígenas, los circuitos de intercambio y las trayectorias de los grupos humanos no como excepciones frente a un ideal sedentario, sino como formas constitutivas de habitar, producir y significar el territorio. La movilidad, en este marco, se revela como una clave analítica central para comprender la densidad histórica de los paisajes culturales.

REFERENCIAS

Bowman, I. (1946). The Millionth Map of Hispanic America. *Science, 103*(2672), 319–323. http://www.jstor.org/stable/1672851

Coloquio Paul Kirchhoff. (2004). *Desierto y fronteras: El norte de México y otros contextos culturales*. Plaza y Valdés.

Craib, R. B. (2002). A Nationalist Metaphysics: State Fixations, National Maps, and the Geo-Historical Imagination in Nineteenth-Century Mexico. *Hispanic American Historical Review*, *82*(1), 33–68. https://doi.org/10.1215/00182168-82-1-33

Creamer, W. (1987). Mesoamerica as a Concept: An Archaeological View from Central America. *Latin American Research Review*, *22*(1), 35–62.

Díaz, A. G. (2018). Mesoamérica como ficción literaria. Conferencia inédita presentada en el Coloquio Trazos/Diagramas/Horizontes: Miguel Covarrubias y el pensamiento artístico en las Américas. IIE-UNAM.

Giudicelli, C. (2008). *Un cierre de fronteras... taxonómico. Tepehuanes y tarahumara después de la guerra de los tepehuanes (1616-1631)*. Nuevo Mundo Mundos Nuevos. https://journals.openedition.org/nuevomundo/25913

Giudicelli, C. (Ed.). (2010). *Fronteras movedizas: Clasificaciones coloniales y dinámicas socioculturales en las fronteras americanas*. Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos y El Colegio de Michoacán.

González Jácome, A. (2000). Mesoamérica: Un desarrollo teórico. *Dimensión Antropológica*, (19), 121–152.

Jaúregui, J. (2008). ¿Quo vadis, Mesoamérica? Primera parte. *Antropología. Revista interdisciplinaria del INAH*, (82), 3–31.

Kirchhoff, P. ([1943] 1960). Mesoamérica, sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales. *Suplemento de la revista Tlatoani,* (3). ENAH.

Kirchhoff, P. ([1944] 1943). Los recolectores-cazadores del norte de México. En *El norte de México y el sur de los Estados Unidos. Tercera Reunión de Mesa Redonda sobre Problemas Antropológicos de México y Centro América* (pp. 133–144). Sociedad Mexicana de Antropología, Talleres de la Editorial Stylo.

Kirchhoff, P. ([1954] 2008). Recolectores y agricultores en el Gran Suroeste: Un problema de clasificación. *Antropología. Revista interdisciplinaria del INAH*, (82), 72–89.

Leighly, J. (1965). Introduction. En *Land and life: A selection from the writings of Carl Ortwin Sauer* (pp. 1–8). University of California Press.

Radin, P. (1946). El norte de México y el sur de Estados Unidos. Tercera reunión de mesa redonda sobre problemas antropológicos de México y Centro América. *Hispanic American Historical Review*, *26*(2), 237–238. https://doi.org/10.1215/00182168-26.2.237a

Recomendaciones para la uniformización de los estudios de distribuciones culturales (Edición provisional). (1941). Instituto Panamericano de Geografia e Historia.

Rutsch, M. (2000). En torno al Coloquio Mesoamérica y nuestra memoria del doctor Paul Kirchhof. *Dimensión Antropológica*, (19), 33–45.

Sauer, C. O., Kroeber, A. L., y Beals, R. L. ([1954] 2008). Comentarios al artículo 'Recolectores y agricultores en el Gran Suroeste…' de Paul Kirchhoff. *Antropología. Revista interdisciplinaria del INAH*, (82), 90–98.

Sauer, C. O. (1954). Gatherers and Farmers in the Greater Southwest: A Problem in Classification: Comments. *American Anthropologist*, *56*(4), 553–556.

Sauer, C. O. (1965). *Land and life: A selection from the writings of Carl Ortwin Sauer*. University of California Press.

Sauer, C. O. ([1959] 2009). Middle America as a Culture Historical Location. En W. M. Denevan y K. Mathewson (eds.), *C. O. Sauer on culture and landscape: Readings and commentaries*. Louisiana State University Press.

Tax, S. y Wenner-Gren Foundation for Anthropological Research. (1952). *Heritage of conquest: the ethnology of Middle America*. Free Press.

Tercera Reunión de Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología. (1943). *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana (1937-1948)*, *7*(1/3), 5–13. http://www.jstor.org/stable/40959348

Urquijo Torres, P. S., y Méndez Rojas, D. A. (2024). Carl O. Sauer: Historia Intelectual, Paisajes Agrícolas y el Origen del Maíz, 1940-1960. *Historia Ambiental Latinoamericana y Caribeña (HALAC) Revista de La Solcha*, *14*(1), 20–47. https://doi.org/10.32991/2237-2717.2024v14i1.p20-47

Urquijo Torres, P., y Segundo, P. (2017). Escuela de Berkeley: Aproximación al enfoque geográfico, histórico y ambiental saueriano. En P. S. Urquijo, A. Vieyra, G. Bocco (eds.), Geografía e historia ambiental (pp. 71–94). CIGA- UNAM.

Weigand, P. C., y de Weigand, A. G. (1996). *Tenamaxtli y Guaxicar: Las raíces profundas de la rebelión de Nueva Galicia*. Secretaría de Cultura de Jalisco.

Wissler, C. (1924). The Relation of Nature to Man as Illustrated by the North American Indian. *Ecology*, *5*(4), 311–318. https://doi.org/10.2307/1929293